



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



18 de octubre de 1890



Núm. 155



UN CENTINELA INTRANSIGENTE



UN RATO DE CHARLA

HE tenido deseos, en esta época de compras de obras de texto, de ver algunos de los tales libros, y, por punto general, mi insignificante opinión ha sido que no corresponden á la índole de lo que debiera ser la segunda enseñanza.

¡Ni un sabihondo alemán, de esos que hacen acabar su apellido en *ús*, puede jactarse de saber todo lo que se traen los imponentes volúmenes, en rama, en rústica ó encuadernados, destinados á ser aprendidos de memoria ó estudiados por los pobres chicos de *filosofía*! Esas obras honran indudablemente, aunque no todas, á sus autores; pero es materialmente imposible que un niño de trece ó catorce, ó quince, y aun de diez y seis años, se haga cargo de todo aquello. ¡Qué *Físicas*! ¡Qué *Químicas*! ¡Qué *Geologías*! ¡Qué *Retóricas*! ¡Qué *Botánicas*! ¡Qué *Matemáticas elementales*! ¡Salomón mismo que resucitara habría de quedar suspenso si le preguntaban de todo lo que hay allí!

Creo que si yo fuese catedrático de segunda enseñanza escribiría unos libros muy pequeñitos, y baratos: nada más que una especie de resúmenes; en cambio de lo cual me propondría, sobre todo, *explicar* la asignatura, no concediendo grande importancia á que los muchachos se quemaran las cejas encasquetándose en la molletera gruesos tomos en 4.º mayor. El libro sería nada más que una especie de guía, de conductor, de pauta. Yo, el *texto vivo*, con mis machaconerías y mis pulmones, me encargaría de metérselo en la cabeza.

Me asombra de veras que haya catedrático que sepa tanto como todo lo que trae su libro.

En mis tiempos los libros eran mucho más cortos. Se dirá que *la ciencia* ha adelantado, pero en cambio no creo que se hayan hipertrofiado las facultades intelectuales de los adolescentes, y el libro estará en desproporción, por lo tanto, con la capacidad media de los escolares.

No: lo que hace falta no es que el libro sea gordo, sino que la enseñanza sea positiva, práctica: el profesor ha de cuidar más de *disciplinar* los cacúmenes que de inyectar ciencia escrita en letras de molde. Esos libros á que me refiero son sencillamente inservibles para la segunda enseñanza.

En esta parte, los ingleses, á quienes no se negará cierta destreza en la ciencia de la educación, son un buen modelo. ¿Sabéis qué obras de texto dan en las clases de Geometría de Eton y demás colegios de hupa? Pues no sé el *Libro* cuántos, el 3.º, supon-gamos, de *Euclides*, apreciable matemático que explicaba en Alejandria hace la friolera de 1890 + 985 años. Y no salen malos ingenieros. En cambio ved las *matemáticas* que, al estilo de Francia, se enseñan en nuestros institutos. ¡Pelion sobre Ossa!

Ello es que la divisoria entre la segunda enseñanza (toda preparación) y la enseñanza superior, ó definitiva, aparece sobradamente borrosa, y que ya me contentaría yo con que muchos afamados doctores en ciencias supiesen toda la *Química* que se trae algún libro de ídem destinado á los chicos del instituto.

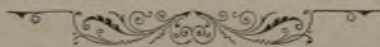
La fortuna está en que los muchachos saltan mucho y apenas si se enteran bien de la centésima parte de lo que dice el libro; que, á no ser por eso, los casos de *surmenage* ó fatiga mental constituirían una verdadera plaga. Hacedle aprender á un chico, en un solo curso, toda una *Historia Natural*, una *Física*, una *Química* y cualquier otro libro más de esos que se estilan ahora, y su encéfalo revienta, ó se reblandece, ó se indura, ó *se le seca*, como á D. Quijote con los libros de caballería.

San Pablo lo dijo: *Non sapere plus quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem.*

Esta *sobriedad* es lo que encuentro á faltar yo en la segunda enseñanza.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



SAN JUAN DE LA CRUZ

A mediados del siglo xv un noble hidalgo español vióse súbitamente reducido á la más espantosa miseria. Faltó de medios con que atender á sus más precisas necesidades y á las de sus hijos, resignóse á entrar en una fábrica como tejedor de seda á fin de procurarse un pedazo de pan, ejemplo de humildad que estimuló grandemente los sentimientos piadosos de sus hijos, particularmente los de su Benjamín, San Juan de la Cruz, que se reveló desde sus primeros años un niño excepcional.

Un día que se hallaba jugando al borde de un estanque, faltóle el pie, cayendo al fondo del agua. Una hermosa dama, cuya repentina aparición dejó deslumbrado al niño, le presentó su mano de nieve con ánimo de salvarle.

—No,—dijo Juan sin darse cuenta de la divina aparición;—sois demasiado bella, y mi mano podría manchar la vuestra.

Entonces un viejecito, de cuya presencia tampoco el niño se dió cuenta, le presentó el extremo de su báculo, invitándole á que se asiera de él. Juan obedeció, librándose de esta suerte de una muerte segura. Creo inútil consignar que sus aparecidos eran la Santísima Virgen y San José, á los cuales tenía el niño fervorosa devoción.

Llevado de su devoción, entró en el hospicio para servir á los pobres y dedicarse á sus estudios. A los veintiún años el *Carmelo* le abrió sus puertas y le dió su hábito. Un año más tarde pronunció solemnemente sus votos en Santa Ana de Medina del Campo, en cuyo monasterio se conserva todavía el acta de profesión firmada por el santo carmelitano de Yepe y la celda que ocupó. Los carmelitas, que se han distinguido siempre por la austeridad de sus reglas, encontraron en el nuevo hermano un ejemplo admirable de obediencia y abnegación. Al poco tiempo de haber ingresado en la orden fué enviado á Salamanca á fin de prepararse para el sacerdocio. Allí tuvo por celda un pequeño retrete, un felpudo por cama, una piedra por almohada y un tosco hábito de juncos anudados. Ordenado sacerdote, celebró su primera misa en Medina del Campo, en la casa madre de su comunidad.

Ocurriósele por aquellos días á Santa Teresa de Jesús restablecer en la orden carmelitana los severos reglamentos que rigieron á raíz de su fundación, persuadida de que los que consagran su vida á la penitencia para conseguir la misericordia divina por los que viven olvidados de las prácticas cristianas, deben en primer término sujetarse á toda suerte de mortificaciones y sufrimientos. Cambió la insigne doctora avilesa sus místicas impresiones con San Juan de la Cruz, el cual las acogió con todo el entusiasmo de su castísima y piadosa alma. Acompañado por el P. Antonio, su hermano de comunidad, descalzos y con el nuevo hábito que Santa Teresa les había faci-

litado, partieron para la villa de Dervalo, donde les había sido cedida una pequeña casa para establecerse la comunidad. En el pórtico levantaron la capilla, adornada sólo con una cruz de madera y algunas cabezas de esque-



Los días de mamá

letos. Un desván con una guardilla hacían las veces de coro. La vieja cocina servía de dormitorio y refectorio á la par, teniendo por mesa una tabla de madera, por botella un cántaro roto y cachos de calabaza por platos y vasos. En esta casa fué donde el P. Juan tomó el nombre de Juan de la Cruz.

A causa del gran número de novicios que ingresaron en ella, fué pronto incapaz para las atenciones de la comunidad, trasladándose á un convento de Pastrana, pasando San Juan de la Cruz como prior al colegio de Alcalá. Entonces fué cuando Santa Teresa de Jesús, á la sazón superiora de un convento de Avila, eligió por confesor al santo carmelitano, que unía á su virtud incomparable una inteligencia igualmente superior. Fué San Juan el mejor poeta místico de su siglo; y si como prosista no alcanzó tan alto puesto, debiólo sólo á tener frente de él á Santa Teresa de Jesús, cuya capacidad intelectual era asombrosa, la mayor quizás de su época. De ahí que, igualmente santos y dotados asimismo de maravillosa intuición, los mismos trasportes místicos remontaran sus almas, iguales éxtasis les alejara del mundo, aproximándoles cada vez más á Dios.

Nombrado superior de su orden, sufrió toda suerte de persecuciones y penalidades que comprometieron gravemente su vida, viéndose obligado á retirarse al convento de las Peñuelas á fin de atender al cuidado de su quebrantada salud. Allí compuso sus mejores obras, modelos de admirable sencillez y fervorosa piedad. Agravado en su penosa dolencia, vióse precisado á abandonar las Peñuelas, trasladándose á Úbeda, que es donde tenía su convento más pobre la comunidad. A pesar del cambio de clima, su dolencia hizo alarmantes progresos. Cinco llagas en forma de cruz se extendían en sus piernas, sujetándole á dolorosas operaciones. Las fuerzas le abandonaban rápidamente, anunciándole, al fin, un día, la santa Virgen, que su fin estaba cercano y que ella acogería su alma el sábado inmediato á la octava de la Inmaculada Concepción.

El día siguiente á la fiesta de la Inmaculada fué viaticado, pidiendo humildemente á su superior que le hiciera la limosna del hábito que había vestido á fin de que le enterrasen con él.

El viernes recibió la Extremaunción. A las diez de la noche, al llamar la campana del convento á los religiosos para que se dispusieran á entrar en el coro, San Juan, gran observador de las reglas conventuales, se incorporó en su cama dispuesto á unir sus votos con los de la comunidad; pero su debilidad era tan extrema que su voluntad no respondió á sus deseos. Llamó á un hermano y le rogó que le leyera algunos de los cánticos de Salomón. Una luz divina y misteriosa iba invadiendo poco á poco la miserable celda, aureolas celestiales fluctuaban por la estancia formando esplendoroso nimbo en torno del moribundo. Al salir del coro la comunidad, entró en la celda del santo en el momento preciso que el reloj daba las doce. San Juan cerró entonces los ojos, un perfume suavísimo invadió la celda, y, con voz inteligible apenas,

—Señor, acoged mi alma en vuestras manos,—murmuró.

Así acabó la ejemplarísima vida del santo carmelitano el 14 de diciembre de 1591, cuando acababa de cumplir cuarenta y nueve años de edad.

A. OZORES

LA INFLUENCIA DEL VICIO

(A MIS DISTINGUIDOS CAMARADAS)

EL niño habíase educado, bajo la dirección de sus padres, según un sistema que no podía ofrecerle en manera alguna su entrada en la senda del vicio.

Durante la infancia del niño jamás vióse ocupada su imaginación por pensamiento erróneo alguno, y, sin el auxilio de sus padres y ejerciendo el sistema que desde su nacimiento había emprendido su vida, sin interrupción alguna, hubiese transcurrido en extremo bienestar; pero desgraciadamente, y en la época en que el niño ultimaba sus pasos en el período de la infancia para pasar á distinto género de vida, el celo paternal no pudo prever la necesidad de su apoyo en tan críticos momentos, y el niño, al verse privado de tan bienhadada protección, tuvo al mismo tiempo la deplorable ocasión de contraer relaciones con seres que de muy antiguo se hallaban abismados en el inmenso mar del vicio, y, como alma ajena á todo peligro, vese lanzado en medio de este insondable mar y á la merced de sus olas, sin que le sea dado resistirse al empuje que los mencionados seres le ocasionan.

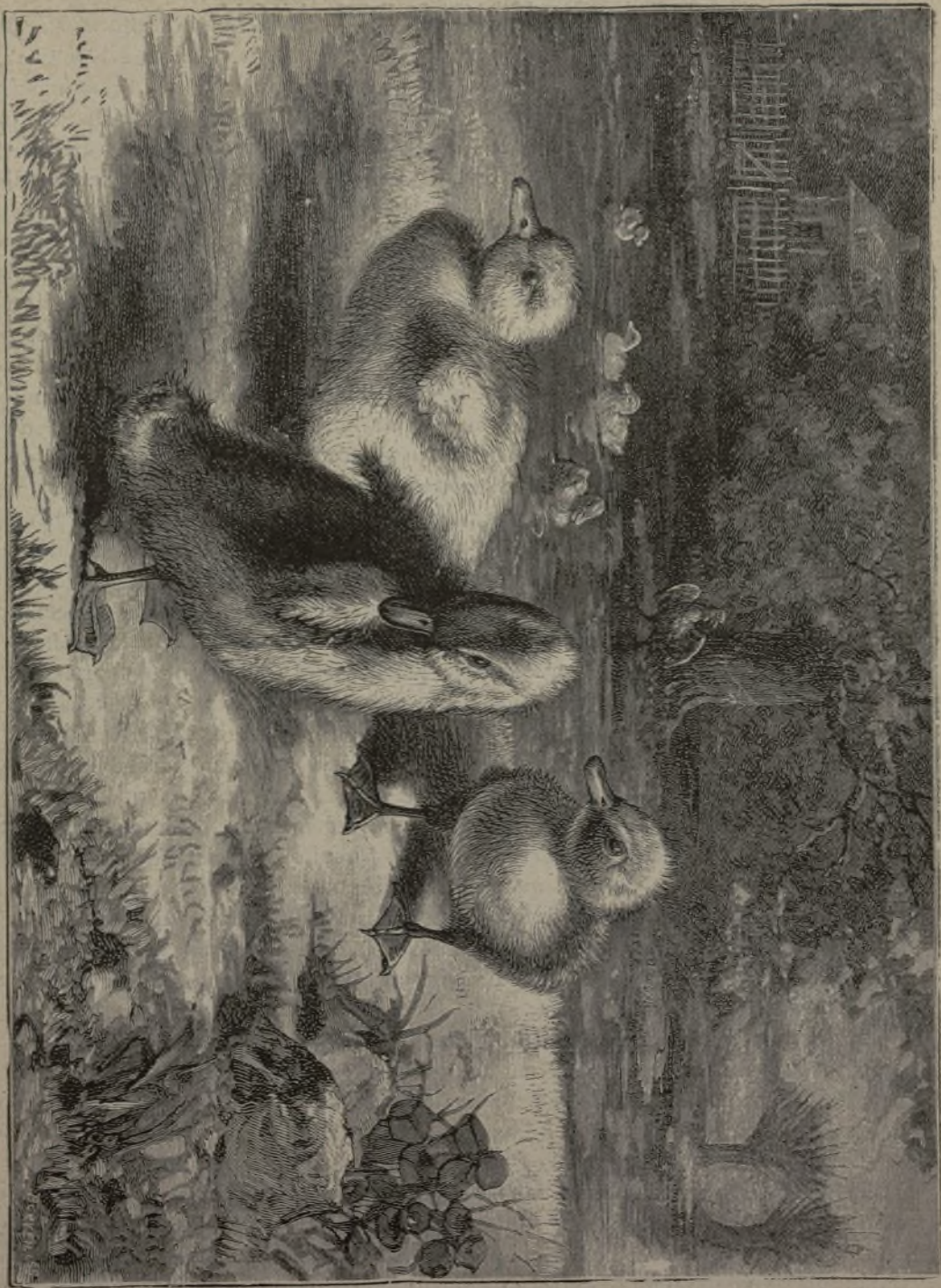
Colocado el niño en situación tal, y completamente exento de la dirección de sus padres, pues éstos no se dan cuenta de su estado actual en la confianza de que ya el niño puede por sí propio practicar el sistema que los mismos le han establecido, emprende rápida y vertiginosa carrera por la resbaladiza pendiente, y, cuando lleno de asombro y pavor dirige hacia atrás su mirada, hállese abismado en sumo grado é intentar un nuevo ascenso hácese impracticable.

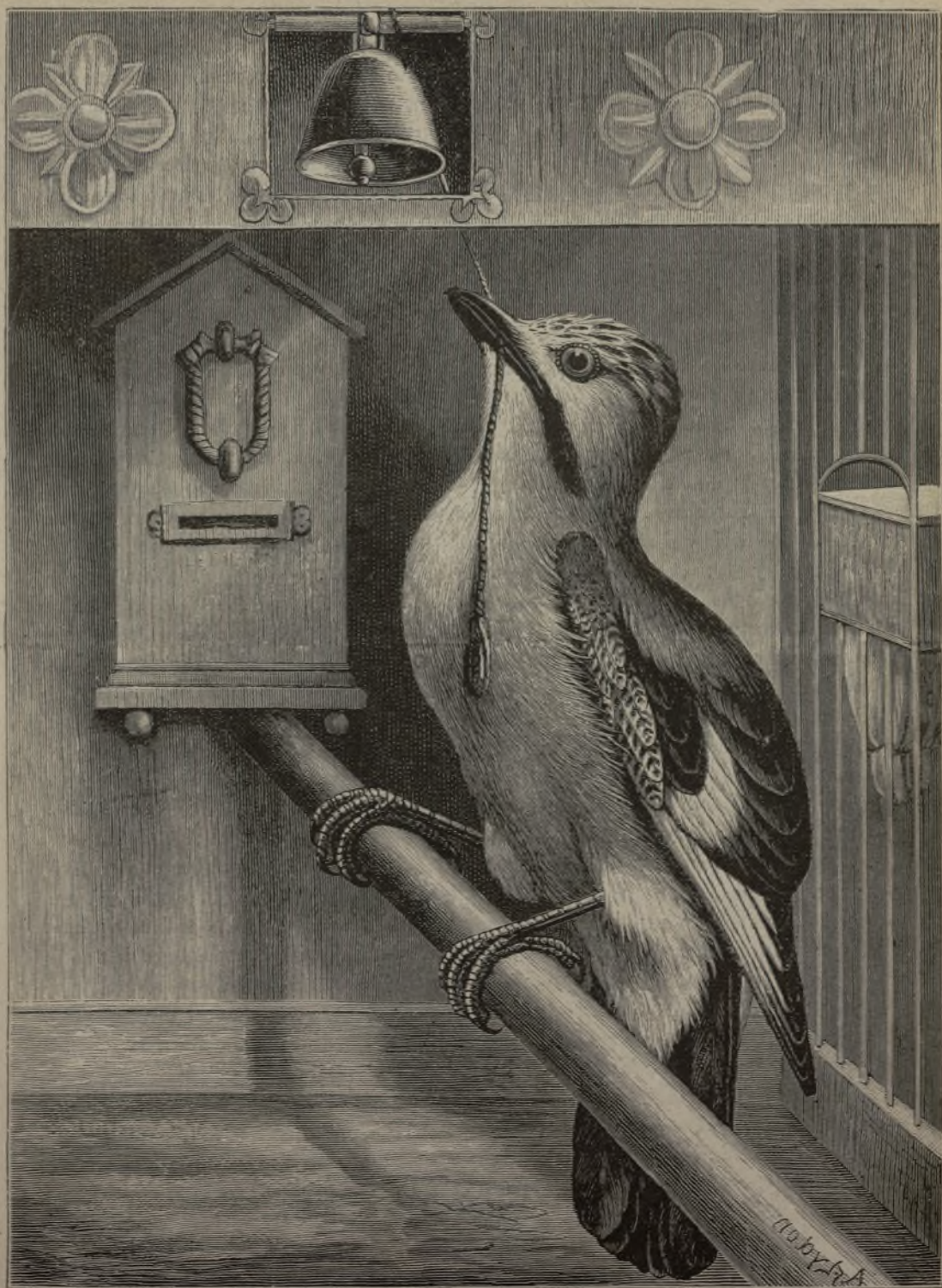
Internado el niño en sima tan profunda, lo vertiginoso de su carrera detiéndole y obliga á tomar necesario reposo, y, fijando entonces su vista extrañada en derredor del lugar en que se halla, siéntese sobrecogido de espanto y, al considerar que sus padres, ignorantes de su fatal desgracia, no han podido tenderle su mano salvadora para libertarle de mal tan mortal, lágrimas ardientes de dolor que brotan de sus ojos son las predecesoras de un copioso y desconsolado llanto.

Repetidas veces manifestó el niño á sus padres que la causa que más poderosamente influía á inducirle en sus descarríos era, según dictado de su propia inteligencia, la presencia forzosa é irresistible de aquellos seres que primitivamente le condujeron á la senda de su perdición.

La situación tan alarmante en que se hallaba sumido el niño fué motivo suficiente para que sus padres demostrasen ya el deseo de conocer la manera en que esto se conducía; y una vez conocida la misma y sin premeditar la espontánea declaración que el niño anteriormente les hizo, reconviniéronle, señalándole asimismo con el epíteto de ser único culpable de su infortunio.

¡Al agua, patos!





Jacobo el campanero

Turbóse el niño ante semejante objeción, y, buscando en su imaginación sencilla un recuerdo que viniese á demostrarle su sola culpabilidad en emprender la marcha á través del áspero sendero en que se había internado, reasumiendo pudo observar que en la época en que infortunadamente sufrió la carencia de la ayuda paternal vióse tristemente embargado por una voluntad que, calificada de ajena, obligábale muy á pesar suyo á proseguir sus lamentables y censurados pasos, repitiendo éstos con tanta más frecuencia cuanto mayor era la inadvertencia de sus padres y más estrecho el trato con los seres que sumido le hubieron de aquel modo deplorable.

Como queda expresado, el niño vió también con dolor desaparecer la benéfica protección de sus padres, y, concibiendo que experimentar esta situación era hallarse despojado de una de sus más necesarias direcciones para escudarse, se acogió lleno de sinceridad á un amigo que siempre, y sin detrimento alguno, habíale demostrado fiel y extremado afecto. Mas ¡cuán intensa no sería la sorpresa del primero cuando, al exponer abiertamente sus cuitas, escuchó en lenguas del último una desdeñosa respuesta, unida al alarde que éste su entrañable amigo hacía de no pertenecer á tan degradada jerarquía!

Imagine el lector lo agudo de esta postrer saeta, que vino á herir gravemente el corazón y sentimientos del niño, quien desde aquel momento, y transido por la tristeza, sólo invocó el nombre sublime de Dios, del que únicamente esperaba recibir su indulgencia.

Las encontradas pasiones y luchas de que el niño había sido objeto durante su vida de azares, llevaronle al último período de existencia; mas éste no trascurrió de la manera rápida que el infortunado niño se había imaginado, sino que, por el contrario, y debido á su vehemente deseo de dar cima á tan pesaroso calvario, hizósele mesurado en extremo el trascurso del referido período, verificándose su agonía lenta, muy lentamente y del propio modo que una lámpara agonizante disminuye por momentos sus débiles destellos de luz.

Recompaginando, puede confirmarse la evidencia de que la relación ó trato con seres que de época remota se hallan internados en el seno del vicio, viene á constituir la causa capital de lacerar hondamente las fibras delicadas del tierno niño, cubriendo de ponzoña sus rectas ó aplaudibles tendencias, hasta llegar el instante en que el germen de la referida savia adquiere tal intensidad que sin dificultad alguna destroza cruelmente el corazón del desventurado niño.

MANUEL HERNAND



EL POETA Y LA MARIPOSA

FÁBULA DEDICADA Á LA NOTABLE ESCRITORA

D.^a ANTONIA OPISSO

Buscando inspiración cierta mañana,
y admirando las flores caprichosas
que en el jardín de Juana
germinaban esbeltas y olorosas,
un poeta enfermizo y mal trazado
por el vasto jardín se paseaba
y muy entusiasmado
las bellezas aquellas contemplaba.
El campeón de Apolo así decía:
—¡Qué mañana tan fresca de verano
y cuánta poesía!
¡Qué verjel tan divino y tan lozano!
¡Cuánta, cuánta y qué grande es la belleza
que existe en estos célicos lugares!
¡Oh tú, Naturaleza:
déjame que te entone mis cantares!—
En tanto el astro sol aparecía
inundando de luz aquel paraje,
y el céfiro movía
blandamente las flores y el ramaje.
Las plantas olorosas recibían
el beso matinal del dios Apolo,
y el poeta seguía
vagando por allí, arrobado y solo.

Una débil y alada mariposa
que de capullo en flor, de flor en rama,
volaba revoltosa
cual ataviada y juguetona dama,
acercándose al vate, así le dijo:
—Paréceme increíble que tú seas
de las Musas el hijo
y que, siendo tan sabio, así te veas.
—¡Qué quieres!—respondióle el buen poeta.—
Es condición del mundo mentiroso:
ya no se nos respeta,
y el sabio se convierte en haraposo.
—Tienes mucha razón, nunca se aprecia
en el mundo lo mucho que uno vale:
á mí se me desprecia
cuando la seda del capullo sale,
y luego, convertida en mariposa,
todo el orbe me admira entusiasmado,
llamándome preciosa
porque de vestiduras he cambiado.
—Así es todo en el mundo, bella amiga,—
dijo el poeta enternecido y triste.—
Dispensa que te diga
que hoy se tiene por sabio al que bien viste.

LUIS CORDAVIAS

EL AHORRO

Uno de los medios por que mejor muestra el hombre su amor al trabajo es no málgastando los productos que obtiene mediante él, sino, por el contrario, *economizando y ahorrando* de ellos lo que pueda.

Economizar quiere decir mirar bien por los intereses que se tienen, destinarlos á lo que es necesario, no hacer de ellos mal uso ni gastarlos inmoderada y desordenadamente. En este sentido, y en cuanto se atiende con ella al porvenir, se dice que la economía es una virtud, según implícitamente lo declara el *Diccionario de la Lengua* al definirla como «la administración recta y prudente de los bienes.»

El resultado natural de la economía es el *ahorro*, como el fruto lo es de la flor.

Ahorrar no es precisamente guardar por guardar y sólo por amontonar

dineros: es ser previsores para el día de mañana, no haciendo gastos inútiles, no comprando cosas innecesarias, no despilfarrando el dinero ó invirtiéndolo *sin ton ni son*, como vulgarmente se dice.

El que necesitándolo se compra un traje, por ejemplo, hace un gasto útil y que debe hacer; pero el que no necesitando más que uno se compra dos, gasta inútilmente lo que el otro se ahorra.

Comprar cosas innecesarias, como son las golosinas en que muchos niños invierten los cuartos que les dan, es no sólo malgastar el dinero que se tiene y que tal vez haga falta para cosas precisas, sino ser imprevisores y poco juiciosos.

La persona que sin necesidad gasta todo lo que tiene, sin cuidarse para nada del día de mañana, en que quizás lllore con gran amargura su falta de previsión, procede ciega, desatentada y locamente. No así la que sabe ahorrar, que en los momentos de los apuros, cuando falta el trabajo, ó sobreviene una enfermedad, ó tiene que librar á un hijo de quintas ó casar á una hija, sale de sus apuros echando mano á sus ahorros. *Quien guarda halla*, dice muy sabiamente el adagio.

Pero el ahorro bien entendido no consiste sólo en guardar lo que se economiza, no invirtiéndolo en cosas inútiles ó que no son necesarias para poder aplicarlo en los casos de apuro ó tener con que vivir durante la vejez y siempre que no podamos dedicarnos al trabajo: tal previsión consiste también y muy principalmente en hacer *crecer* el dinero que se ahorra, en hacerlo *producir*.

El dinero que se guarda en el cajón de una cómoda, ó, como hacen los niños previsores que desean para el día de su santo un traje, un libro ó un juguete, en una *hucha* ó *alcancia*, no aumenta, es siempre el mismo que se guarda; y la verdadera previsión aconseja hacer que semejante capital, grande ó pequeño, aumente, produzca, no sea un *capital muerto*.

Para ello se han fundado, merced á la iniciativa de personas caritativas que tienen la virtud de prever por las demás, unos establecimientos muy benéficos llamados *cajas de ahorros*, en los que, á la vez que se custodian las economías hechas, se aumenta el capital que las representa con el *interés* que el dinero produce, convirtiendo al cabo de cierto tiempo el duro ahorrado en veinticinco reales, lo que, tratándose de varios duros, supone una especie de renta anual.

Por virtud de esta manera segura y productiva de guardar los ahorros (que es como un doble y aun triple ahorro), el que economiza todas las semanas una peseta, por ejemplo, no tiene al fin del año las 52 pesetas correspondientes á las semanas de que consta el año, sino algunas más: en diez años pueden convertirse, las 520 pesetas que resultan ahorrando una todas las semanas, en 605 próximamente.

De este modo, un niño de siete años que ahorrase dos cuartos por semana de los que le dan para golosinas, se encontraría, al llegar á la mayor edad,



Tardes de otoño

propietario de una cantidad de 100 pesetas; y un joven aprendiz, con un ahorro de una peseta por semana, poseería á los veintiocho años, esto es, hacia la época de casarse, una suma de más de 4,000 reales, que tan bien le vendría para atender á las necesidades de su nueva casa.

Aquí conviene recordar á los pequeños lectores el proverbio por el que se declara que *un grano no hace granero, pero ayuda á su compañero*.

Quien ahorra prudentemente y deposita en dichas cajas el resultado de sus economías, llega poquito á poco, sin sentirlo, á poseer una cantidad que de otro modo no llegaría nunca á tener junta: *con muchas velitas se puede hacer un cirio pascual*.

P. DE ALCÁNTARA GARCÍA

(Se concluirá)

NUESTROS GRABADOS

UN CENTINELA INTRANSIGENTE

No hay bromas con ese perro. El visitante parece una buena persona, pero el animal no se entiende de chiquitas y le niega rotundamente la entrada, por manera que el pobre señor no tiene más remedio que declararse en retirada por no dejar algunos trozos de pantalones y de carne entre los dientes de esa fiera.

LOS DÍAS DE MAMÁ

Ya á los postres, se ha recibido la tarjeta de un conocido con quien no se contaba, induciendo todo á creer que no es acogida con grande entusiasmo la felicitación.

¡AL AGUA, PATOS!

Tal es la frase que desde el líquido elemento les dirigen sus padres á esos patitos que todavía no conocen las emociones de la natación. Desde hoy comienza para ellos una nueva existencia.

JACOBO EL CAMPANERO

Tales son el nombre y profesión de ese animal, entre cuyas habilidades figura la de tirar del cordón de la campana con el pico, metiendo tanto ruido como pudiera el más inteligente sacristán.

TARDES DE OTOÑO

Por niño que uno sea, comprende el carácter de tristeza que tienen las tardes de otoño, con sus árboles sin hojas y aquella luz encendida, aunque extraña, de los arreboles crepusculares. Ahí tenemos una familia que ha salido á paseo un rato para distraer algún tanto el dolor ocasionado por un reciente luto.

Á ORILLAS DEL LAGO

La chiquilla, con su delantal remendado y su peinado con pocas pretensiones, aparece, sin embargo, como un emblema de la poesía. No es este el solo caso en que la pobreza se hace más simpática que la opulencia.

LA RUECA, LA LANZADERA Y LA AGUJA

CUENTO DE GRIMM

ERASE una niña que había quedado huérfana de muy chiquita. Tenía una madrina que habitaba sola en una cabaña, á un extremo de la aldea, y vivía del producto de su rueca, de su lanzadera y de su aguja. La buena anciana recogió á la huérfana, la enseñó á trabajar y la educó en la piedad y el temor de Dios. Cuando la niña llegó á los quince años, la madrina se puso enferma y llamándola le dijo:

—Mi querida ahijada: siento que mi fin se acerca. Te dejo mi cabaña, que te protegerá contra el viento y la lluvia, y te dejo mi rueca, mi lanzadera y mi aguja, que te servirán para ganarte el pan.—En seguida, poniéndole la mano sobre la cabeza, la bendijo diciendo:—Conserva á Dios en tu corazón, y serás feliz.

Con esto, cerráronse sus ojos. La pobre muchacha acompañó el ataúd hasta el cementerio llorando, y le tributó los últimos obsequios.

Desde entonces vivió sola, trabajando con valor: hilaba, tejía, cosía, y la bendición de la pobre anciana la protegía en todo. Dijérase que su provisión era inagotable, y, á medida que había tejido una pieza de tela ó cosido una camisa, presentábase al punto un comprador que la pagaba generosamente, por manera que no solamente no carecía de nada, sino que podía hacer limosna á los pobres.

Por aquel tiempo el hijo del rey empezó á recorrer el país para buscar esposa. No podía elegirla pobre ni la quería rica. Así, decía que tomaría la que fuese á la vez la más pobre y la más rica. Al llegar á la aldea donde vivía nuestra niña, preguntó, como de costumbre, que le indicasen la más pobre y la más rica del lugar. Al momento le guiaron á casa de la segunda. En cuanto á la primera, dijéronle que debía de ser la joven que vivía en una cabaña aislada, al extremo del villorrio.

Cuando pasó el príncipe, la rica se hallaba en la puerta magníficamente prendida. Levantóse y salió á su encuentro con un gran saludo. Pero el príncipe la miró, y, siguiendo su camino sin decir palabra, llegó á la cabaña de la joven pobre. Esta no había salido á la puerta, sino que permanecía encerrada en su cuarto. El hijo del rey detuvo su caballo y miró á través de la ventana del aposento, iluminado por un rayo de sol. Estaba sentada delante de la rueca é hilaba con ardor. Por su parte vió ella furtivamente al príncipe que la miraba, pero se ruborizó y, continuando hilando, bajando los ojos, de lo que yo no respondo es de que su hilo fuese muy igual. Hiló siempre hasta que hubo partido el príncipe. Así que no le vió más, corrió hacia la ventana, diciendo: —¡Qué calor hace aquí! — y le siguió con los ojos cuanto pudo mientras vió la pluma blanca de su sombrero.



A orillas del lago

Por fin se sentó y volvió á hilar. Pero le vino á las mientes un estribillo que había oído cantar á su anciana madrina, y cantó así:

Anda, rueca, sin descanso:
conduce aquí al bien amado.

(Se concluirá)

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: ^{Ancha de San Bernardo,} 38, principal, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA